

Soledad Puértolas

EL PASILLO EN PENUMBRA

La publicación de *Nada*, en 1944, supuso una verdadera revolución. Fue el escopetazo de salida del Premio Nadal, al que inmediatamente dio credibilidad. Carmen Laforet, una jovencísima escritora, consigue una fureza inusitada al describir la atmósfera que envuelve a unos personajes apresados en el destino miserable de la posguerra. Un piso de la calle Aribau, una familia hecha de restos, hambre, penuria, frustraciones, carreras truncadas, la sombra de una guerra recién ganada y recién perdida... este es el telón de fondo para búsqueda de la joven protagonista de *Nada*, tan joven como la escritora que le da vida. Un mundo lleno de misteriosas claves.

Eso es lo que aún asombra, lo que hace que la novela pueda ser leída una y otra vez. Su capacidad de recreación de la atmósfera gris y deprimente de la posguerra, cuajada de emociones subterráneas, de gritos y susurros, de secretos inconfesables. La complejidad de un universo que seduce y repele al mismo tiempo. Lo que aún asombra, es que esta visión tan honda y desconcertante de la vida nos la esté ofreciendo una joven de veintidós años. Presentimos a Carmen Laforet detrás de los pasos de Andrea, recién llegada a Barcelona, cargada de ilusiones, y repentinamente inmersa en la sofocante atmósfera en penumbra del piso de la calle Aribau. Es la familia materna, recuperada de pronto, prácticamente desconocida, personajes un poco fantasmales, ya con la vida hecha, con la vida destrozada. Este no era el mundo con el que Andrea había soñado pero ahora es mucho más poderoso que todos los sueños. El lector asiste, cautivo él también, a las sórdidas escenas que tienen lugar en el piso. Peleas matrimoniales, pasos sigilosos por las escaleras, mendrugos de pan y platos de sopa fría dejados por una mano invisible sobre la mesilla de noche, el aliento de un perro cansado, rechazado por todos menos por la criada, para quien lo representa todo, el único amor, el único consuelo de la vida, el olor persistente del gato, escondido en el rincón más inesperado... En la buhardilla, el personaje más misterioso de todos, rodeado de un halo de misteriosa fascinación, parece mover los hilos que sostienen a los otros.

El lector sigue la mirada de Andrea- Vigila, con ella, la luz variable del pasillo y estudia las huellas que los demás van dejando en él, huellas amargas y dolorosas, quizá incomprensibles. Por momentos, se queda cautiva, atrapada en la sombra de las huellas, en las oscuras historias que sugieren, pero, a pesar de su vacilación, de su inseguridad, la necesidad de afirmarse, ese extraño orgullo que anida en su interior y que la mantiene siempre a buena distancia de los otros, la salva.

Hay una buena cantidad de nada en la vida. Carmen Laforet nos habla de esa nada mientras nos invita a seguir la mirada y los pasos de Andrea, mientras atisbamos las intrincadas redes de enigmas y seducciones que trazan las personas en su búsqueda por dar sentido a sus vidas. El resplandor de la vida y sus engaños, el juego de espejos. Eso atisbamos y eso encontramos cada vez que volvemos a *Nada*. El pasillo del piso de la calle Aribau recorrido por susurros, secretos, misterios. La penumbra de la vida. Las difíciles definiciones, las aún más difíciles decisiones.

Esto es lo que se graba en nuestra memoria después de leer *Nada*, personajes que se deslizan en la penumbra persiguiéndose unos a otros, persiguiendo las sombras, los sueños de los otros. Y huyendo. Se huye y se persigue a la vez. Se huye de lo mismo que se persigue. Lo que queda fuera de la razón, los sueños. Regresamos a *Nada* y, repentinamente, nos vemos en medio del pasillo en penumbra, indecisos, sin saber qué pasos dar para alcanzar todo lo que esperábamos de la vida.